

Haciendo un informe
Marcos Fernández Menéndez

V Concurso de cuentos Repsol S. A.
Primer premio en lengua castellana

Año 1992



41-10

Aquel día andaba yo un poco distraído. El día anterior había conseguido por fin las obras completas que los grandes especialistas habían publicado sobre los mejores pilotos de competición del siglo. Desde hacía meses, mi jefe me presionaba para establecer una jerarquía entre los pilotos de todas las épocas; quería describir al mejor de ellos, al más grandes.

Al As de Ases. Y la verdad es que no me sentía capaz de conseguirlo, a pesar de ser un apasionado del automovilismo desde niño. Pero no me atrevía a confesarlo. «Tengo que buscar... Reunir los elementos necesarios», me decía a mí mismo. Y esto no es tan fácil. Hay que profundizar en todos los reportajes aparecidos en todas las épocas...

«Sí, sí, pero dese prisa», me decía mi implacable director.

Le dedicaba todo mi tiempo al problema. Mi documentación era abundante y ofrecía posibilidades reales de estudio, pero no encontraba el baremo adecuado para comparar objetivamente pilotos que nunca habían corrido a la vez. Aquel día, con la mente totalmente absorbida por el rigurosísimo estudio de los especialistas, me dirigía a mi despacho cuando, en el momento de entrar, me acordé de que mi paquete de cigarrillos estaba casi vacío. Dando media vuelta, salí a la calle de nuevo, atravesándola en dirección al estanco. No me di cuenta de mi imprudencia hasta que un siniestro chirriar de frenos me sobresaltó.

Demasiado tarde, y así fue como me arrolló un autobús. No había sentido nada. No fue más que esa espantosa sensación de verme convertido en una pelota de goma. ¿Una caída? No, ni mucho menos: ¡Estaba subiendo! Una corriente ascendente me elevaba. Planeaba con una sensación de bienestar absoluto, bajé los ojos hacia la calle... ¡Y me vi! O mejor dicho, vi lo que había sido. Mi cuerpo esparcido por el suelo. Muerto. Estaba muerto. Las gentes corrían, se atropellaban. El espectáculo de esta multitud morbosa me produjo una sensación de desagrado. Yo ya no formaba parte de aquel mundo. Y así, sin pena, proseguía mi ascensión en el espacio.

Más tarde aprendería que durante este viaje, todo el mundo pasa por una etapa destinada a facilitarte la transición: Uno no se adapta fácilmente a una situación tan suave. En lo que a mí concierne, esta etapa tomaba la forma de cierto número de coches de carreras, entre los cuales, comprendí en seguida, tendría que escoger uno para ir al Paraíso. ¡Qué placer! Allí, ante mí había un precioso Porsche 917 de cola larga, de color azul, varios Ferraris de Fórmula 1, un Porsche 950, también veía más deportivos, Lotus, Maserati, jaguar, veía un Ferrari F40... En este universo de sofisticada belleza, de purasangres relucientes, todo me atraía. Cuando estaban en el mundo de los vivos, no hubiera podido pensar en nada más agradable que poder sentarme al volante de uno de estos monstruos sagrados. Pero ante mi sorpresa, mis piernas me llevaron

ante un «dragster.» Todavía no puedo explicarme lo que me impulsó a elegir este ingenio. Era ridículo. Yo siempre había identificado los «dragster» con la extravagancia americana, grotescos, por la absurda desproporción entre las dos enormes ruedas traseras y las pequeñas, de bicicleta, delanteras. Pero de repente habían desaparecido mis prejuicios. Estaba cromado y decorado con enorme llamas, me senté totalmente encajonado entre las dos enormes ruedas motrices. Miré los mandos y todo me parecía tan familiar. Arranque y aquel monstruo empezó a rugir, no veo la pista, tapado por los enormes motores, pero aceleró a fondo. Con la mano derecha meto la primera, solté de repente el embrague, intentando una salida fulminante, y mi «dragster» salió como una bala. Una tras otra, fui metiendo las marchas y en menos de un minuto, había conseguido una buena marcha de cruce. Recuperé instantáneamente mi gusto por la velocidad, ya que semejante aceleración no podía dejarme indiferente. Debía ir a unos 100.000 Km/seg. a ojo. El paisaje desfilaba ante mí, en forma de colores y formas geométricas inverosímiles, a velocidad desenfrenada.

Ignoraba cuanto duraría este viaje, pero de pronto distinguí en el horizonte una zona de frenada impecablemente señalizada con una serie de indicaciones sucesivas: 300.000, 200.000, 100.000...

Concentrándose al máximo, esperé hasta la última señal, pisando a fondo el pedal. La parada fue fulminante. Todo se inmovilizó y vi a San Pedro. Estaba sentado ante la Puerta del Paraíso, que recordaba la entrada al Jarama. Exhibí en seguida un brazalete de miembro del P.C.A. (Paraíso de la Competición Automovilística), y el portero me hizo un gesto para que entrase. Me sorprendió el magnífico tiempo que hacía. En un verde paisaje de suaves valles, millones de personas paseaban sin prisa, sin atropellarse. Mi primera intención fue buscar entre la multitud a los viejos amigos, tan recordados en la Tierra desde su muerte. A pesar de lo mucho que busqué, no encontré ninguna cara conocida. Acabé parándome al pie de un árbol. El aire era claro. Un arroyo sonaba dulcemente. Me sentía maravillosamente relajado.

Alguien se detuvo cerca de mí:

-Hace buen tiempo, ¿verdad?

-Sí, es cierto, hace siempre buen tiempo.

-Hace el tiempo que cada cual desea. Para otros, ahora mismo este lugar está lleno de nieve. O el sol luce en formas deslumbrantes. Aquí nada es imposible. -¿Nada?

-Absolutamente nada.

Por un momento, pensé en la vida en la Tierra. Las calles, el periódico, si ellos supieran ...Una fugaz imagen de mi director me recordó la inacabada encuesta sobre el mejor piloto de todos los tiempos.

Pregunté a mi nuevo amigo:

-Si es cierto que nada es imposible aquí, podrán conocerse la respuestas a todo tipo de preguntas. -Absolutamente todas

-Pero, ¿cómo se debe hacer? -Pregúntaselo a Él. Eso le encanta. Y con esas palabras se alejó.

-¿Qué es lo que quieres saber, hijo mío?

Mi nuevo interlocutor no era visible en ningún lado. Sólo me llegaba su voz. Pero comprendí enseguida de qué se trataba. Una alegría inmensa me invadió, ¡por fin iba a saberlo! Iba a conocer el nombre del as de ases.

-¿Cuál es la pregunta? -repetió pacientemente la voz. -¿Quiere usted decirme quién es el mejor y más genial de todos los pilotos de carreras? ¿Ascari, Moss, Stewart, Fitipaldi, Prost, Niki Lauda, Senna?

-¿Quieres saberlo de verdad, hijo mío?

-Sí, claro. He pensado tanto, he dudado tanto... Dígame, ¿es Nuvolari?

-No

-¿Fangio?

-Tampoco

-¿Clark, quizá?

-Ni mucho menos.

-¿Quién es, entonces?

-Puesto que insistes yo te lo diré, hijo mío. El más dotado, el más genial... Su nombre no te dirá gran cosa. Se llama Peter Hanssel.

-Nigel Manssell, querrá usted decir.

-No, no, Hanssell. Era un pobre leñador que nunca salió de sus bosques. Por ello nunca pudo saber que reunía todas las condiciones para ser el mejor piloto del mundo: Habilidad, reflejos, determinación...

Todo lo tenía en un grado jamás alcanzado. ¡Los hubiera eclipsado a todos! Sólo había un inconveniente: no tenía carnet de conducir...